

LA NOVELA SEMANA
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

532

25
cts

CARLO ALDINI

EL HOMBRE DE ALASKA



**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO X BARCELONA N.º 552

El hombre de Alaska

Interesante asunto, interpretado por
Carlo Aldini, etc.



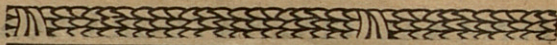
Exclusiva del

Programa Arajol

Aragón, 225, pral.

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DOLORES DEL RÍO



El hombre de Alaska

Argumento de la película

Ralf Carsten era el hijo de un famoso millonario norteamericano. Muchacho excéntrico, deportista, alegre, la vida para él consistía en una eterna diversión. Era imposible dedicarlo a ninguna cosa seria, pues no hacía más que gastar pródiga y bonitamente los dineros de su papá.

John Carsten, su padre, sentíase siempre preocupado por esa falta de orientación del muchacho. A veces comunicaba a su hija Evelina y a su yerno Felipe Bendor, sus temores de que Ralf acabara mal.

Evelina lamentaba también la conducta de su hermano, pero Felipe no era de esta opinión. Que se divirtiese lo mejor que pudiera. También

él hacía de las suyas, viviendo a costa del dinero de su mujer.

Una mañana Ralf, después de una excursión, regresó a su casa y pidió dinero a su padre.

—De mí no recibirás ni un céntimo más... Puedes hacerte artista de varietés, si quieres.

Estaba con el señor Carsten, además de sus familiares, su amigo, el jefe de policía de la localidad.

—¿Existe algún país todavía donde uno pueda enriquecerse pronto?—preguntó Ralf.

E hizo algunos juegos de manos con hábil limpieza, para demostrar que bien podía ser artista de varietés.

—Lo haces bien, pero eso no da dinero—le indicó su padre.

—Entonces, dígame usted adónde puede irse uno con 250 dólares que tengo ahorrados para un caso de apuro. Porque realmente, empiezo a estar cansado de esta vida.

El jefe de policía se echó a reír.

—Con esa cantidad puede ir al bar, al cielo o a Alaska—le dijo.

—Pues no se hable más. Me voy a Alaska.

Y, decidido como era, y ante el asombro de todos, telefoneó a la compañía de ferrocarriles:

—Un billete de primera clase con coche-cama para Alaska.

—Perfectamente.

Ralf encendió un cigarro habano y se dispuso a salir.

—Me voy a trabajar. No volveré hasta que sea tan millonario como tú, papá. Y entonces podré gastarme el dinero como se me antoje.

Y sin darles tiempo a que se repusieran de aquella sorpresa, el muchacho abandonó precipitadamente la mansión.

—¡Bah! ¡Dentro de tres días volverá a estar aquí!—dijo el padre.

—De seguro—respondió el policía—. Su hijo es de los que no cambian.

Y todos creyeron que antes de las setenta y dos horas Ralf estaría de nuevo con ellos, incapaz de realizar nada útil.

* * *

Pero los tres días se convirtieron en tres años. Tres años durante los cuales ni los familiares ni los amigos de Carsten supieron nada de él.

El señor Carsten, desesperado ante aquella ausencia que le hacía pensar en algo terrible, encomendó a un detective sus pesquisas, cuyo resultado fué la siguiente carta, fría y sin esperanzas:

Mr. J. E. Carsten.

Muy Sr. mío: Siento tener que comunicarle que todavía no hemos encontrado ninguna huella de su hijo, a pesar de que le han buscado activamente todas nuestras sucursales en el mundo entero.

Pinkerton.

Ralf se encontraba en Alaska, donde a copia de un esfuerzo incesante, desconocido hasta entonces en él, había conseguido adquirir una fortuna. Era dueño de varias minas de oro, que casi con su exclusivo esfuerzo personal había conseguido descubrir.

Ya no quedaba en él nada del hombre inútil de otros tiempos; era un muchacho enérgico, triunfador, que ahora había emprendido el camino de regreso a su casa, para dar cuenta a su familia del glorioso éxito. Nada les había escrito hasta entonces, ninguna noticia había querido darles para que su éxito fuera más sorprendente e inesperado.

Marchaba en un trineo por las grandes y nevadas extensiones del país alasko, a menudo pobladas de lobos.

Realizó un largo paro para reponer fuerzas en un mesón situado en pena campiña nevada, punto de reunión de todos los viajeros.

Allí comió, reponiendo fuerzas para continuar la marcha horas más tarde.

Encontró en el propio mesón a un tal Fred Hendriks, muchacho de vida algo misteriosa, al

que conocía desde hacía un par de años por algunas visitas que éste había realizado por sus terrenos.

—¿Cómo va eso?—le preguntó Ralf—. ¿Has encontrado oro en tus pesquias?

—¡Nada! En diez años no he podido encontrar nada... y tú en tres años, te llevas una fortuna.

—¿Qué quieres? ¡Caprichos de la suerte!

—Me persigue mi mala estrella. Mira qué carta he recibido de mi casa.

Ralf leyó:

Querido hermano: Por fin, después de algunos años, he podido averiguar tu dirección. ¿No te acuerdas de nosotros? Después de que tú te marchaste, cada día nos va peor por aquí. La gente no viene al cabaret. Apenas podemos pagar a los artistas.

No olvides que nuestro padre es ciego. No le hablo de mis penas. A menudo le digo que estás bien y que pronto volverás. Pero no sé por cuánto tiempo podré seguir mintiéndole.

Tu hermana,

Mary.

—¡Pobre gente! Pero no te desanimes, Fred. A lo mejor, cuando menos lo pienses, te sonríe la fortuna.

—Ya no lo creo.

Poco antes había entrado en el mesón una hermosa mujer, quien pidió le sirvieran un café con leche.

Mientras tomaba la caliente bebida, un sujeto de mala catadura se acercó a la mujer, comenzó a importunarla y se empeñó, quieras o no, en que tendría que darle un beso.

La desconocida luchó airadamente contra aquel hombre, pero mal lo hubiera pasado si Ralf, en cuyo corazón vibraban los más puros sentimientos, no hubiese acudido en socorro de la dama, arrojando al suelo al malhechor.

La mujer agradeció con tiernas frases aquella oportuna defensa.

—Nada debe agradecerme. Todos nosotros habríamos hecho lo mismo—aseguró.

Ella lanzó una mirada a los hombres que había en el mesón y fijóla con profunda atención en Fred, quien le hizo un gesto significativo.

El cochero anunció a Ralf que los caballos del trineo estaban ya a punto para reemprender la marcha.

Ralf despidióse de su defendida, pero ésta, dando muestras de gran terror, suplicó:

—¡Tengo miedo aquí! ¡Por favor, lléveme consigo hasta la ciudad próxima!

—No tengo inconveniente alguno. La acompañaré hasta donde usted quiera.

Ralf, que distraídamente se había guardado en el bolsillo la carta que le entregara Fred para leer, despidióse de éste:

—Quizá algún día volvamos a vernos, y para entonces te deseo mejor suerte.

—Tal vez sea así—respondió con extraña entonación.

Y volvió a mirar a la mujer, quien a su vez le sonrió como a un antiguo conocido.



—¡Por favor, lléveme consigo hasta la ciudad próxima!

Ralf y su compañera partieron en el trineo que aguardaba ante la puerta del mesón.

Fred, apenas ellos hubieron desaparecido, habló con el hombre que había agredido antes a la viajera, y le dijo:

—Cumple lo conyenido.

—¡Corriente! Les sadré al paso antes de que lleguen al refugio.

—No pierdas tiempo.

Era Fred hombre de instintos perversos, capaz de cualquier fechoría, con tal de poder obtener dinero.

En complicidad con aquel hombre y con Hellen, la mujer que había marchado con Ralf, se había propuesto robar a éste todo su dinero y los títulos de sus minas.

Había ideado aquella escena de agresión a Hellen con el propósito de que Ralf se convirtiera en defensor de esa mujer. De esta manera, y así había ocurrido, los dos saldrían juntos en el mismo trineo, y Fred y sus cómplices podrían atacarles a la segura.

Fred y sus amigos se dirigieron rapidísimos, saltando vertientes y desfiladeros, a cortar el camino al trineo en que iban Hellen y Ralf. Pero mientras avanzaban se produjo tal tempestad de nieve y viento, que viéronse obligados a refugiarse en una casita, perdida entre montañas, único sitio que había en muchas leguas a la redonda.

Esto no debilitaba sus planes. Ralf debía pasar por allí y, dado el mal estado del tiempo, era seguro que entraría en el refugio... Y ya en su interior, atacarle y despojarle de sus bienes era cosa de coser y cantar.

Y sucedió tal como lo habían previsto. La tempestad arreciaba, parecía hacerse cómplice del delito que iba a cometerse.

Hellen y Ralf se refugiaron en la casita. Y apenas hubieron entrado en ella, uno de los

hombres de Fred se echó sobre el millonario. Sostuvieron una lucha épica, armados de pistolas, con las que mutuamente querían aniquilarse.

El revólver del cómplice de Fred, en uno de los movimientos de la lucha, se disparó al fin y vino a herir a otro de sus camaradas, que iba a intervenir en la pelea.

La bala se le había incrustado en el corazón.

Fred, sin vacilar, dió un formidable bastonazo en la nuca a Ralf, que cayó a tierra medio desvanecido.

No era cosa de perder tiempo. Fred se arrojó sobre él, quitándole el oro que llevaba y los documentos que le acreditaban como dueño de importantes producciones mineras, así como el carnet de identidad.

Hellen le ayudaba en su saqueo, y Ralf, que volvía lentamente en sí, pudo comprender la deslealtad y cobardía de aquella infame mujer.

Luego los miserables salieron del refugio, subieron a los trineos y huyeron rápidamente, al oír a los lobos que se acercaban famélicos, bajo el influjo del hambre.

Ralf se incorporó penosamente y, aturdido aún bajo tan desagradables acontecimientos, abandonó también la casita, subiendo a un trineo, para ir a la más cercana ciudad a presentar su denuncia.

Por el camino fué perseguido por una manada de lobos, y aun tuvo que luchar cuerpo a cuerpo contra uno de ellos, al que acabó que-

brándole las patas. Pero el animal le había atacado tenazmente, y Ralf, gravemente herido, rodó al fondo de un barranco, donde tal vez hubiera encontrado la muerte de no acudir en su socorro un buen hombre, que lo recogió hondosamente.

* * *

Fred Hendriks, hombre capaz de las peores infamias, para evitarse responsabilidades de todo género respecto a la muerte de su compañero y al despojo de que había hecho víctima a Ralf, fué a denunciar a éste ante el comisario.

—Un tal Ralf Carsten nos ha atacado, nos ha robado y ha asesinado a un amigo mío.

Y entregó al sheriff el carnet de identidad de Ralf.

La autoridad fué a comprobar realmente la existencia del hombre muerto y, convencido ya del crimen, hizo fijar por toda la comarca carteles con el retrato de Ralf Carsten y esta explicación al pie:

Se pagarán al momento 5.000 dólares de recompensa a quien entregue al malhechor Ralf

Carsten. Señal: 25 años de edad; 1'76 m. de estatura. Complexión robusta. Cabellos oscuros. Ojos castaños, rostro ovalado. Delito: Robo y asesinato.

Fred se frotaba alegremente las manos. El estaba a cubierto de toda sospecha, y en cambio, sobre Ralf recaería toda la responsabilidad. Y ahora, a gastarse alegremente todo el dinero de éste.

Pero cuando Hellen leyó el bando, sintió en el alma como la sacudida del remordimiento. Bien estaba que hubiesen robado a Ralf, pero acusarle ahora de un asesinato que no había cometido. ¡Oh, no, no!

—No quiero que hagas eso—dijo aquella mujer, que no era más que una pobre víctima de la brutalidad de Fred—. Yo lo aclararé todo.

—Como tú quieras... pero entonces irás conmigo a la cárcel por complicidad.

Ella calló, al parecer resignada, pero en el fondo del alma deseosa de que aquella injusta acusación no pasase adelante.

Entretanto, Ralf había sido trasladado a casa de una buena familia aldeana, que lo cuidó gentilmente.

La fiebre de las heridas producía a Ralf un delirio profundo, y no se daba cuenta de la realidad.

Deseosos de investigar la personalidad de su protegido, le registraron las ropas, sin encontrarle otro documento que uno que llevaba en

el bolsillo del gabán. Era la carta que Fred había dado a leer a Ralf en el mesón y que éste distraídamente, cuando Hellen fué atacada, se guardó en el bolsillo.

Aquella buena gente tomó, pues, a Ralf por Fred, y se dispuso a escribir a la hermana de éste a las señas que indicaba, para darle cuenta del accidente. Así lo hicieron, sin que Ralf se enterara de nada, víctima del intenso delirio.

Allá en Montreal estaba el cabaret Hendriks, tan vacío de día como de noche.

Los artistas estaban furiosos, pues no percibían sus salarios.

Y amenazaban todas las noches con declararse en huelga.

Mary Hendriks era la propietaria, la cajera, la directora y la encargada de la orquesta del cabaret.

Una mañana, la muchacha recibió una carta que le causó gran impresión. Era la carta que le remitía la buena gente aldeana, al creer por equivocación que Ralf era Fred Hendriks.

Señorita: Hemos recogido, gravemente herido por los lobos, a un joven. Como sea que hemos hallado en su bolsillo la carta adjunta, suponemos que se trata de su hermano. Las heridas son graves y requieren todavía sumo cuidado. Lo mejor sería que viniera usted misma a buscarle, o por lo menos le visitara.

Mary quedó aterrada ante aquellas noticias, y

al ver que iba adjunta la carta que ella envió a su hermano.

Su viejo padre, que hacía algunos años estaba ciego, entró en la estancia. Acababa de enterarse que el cartero había estado allí.

—¿De quién es la carta? ¿De quién?—preguntó, lleno de ansia paternal.

—Fred ha escrito—repuso Mary serenándose al momento y con objeto de evitar a su padre el gran dolor de la verdad.

—¿Y qué dice? Lee, lee...

Ella quedó aterrada. Era imposible comunicar a su padre, doliente y ciego, la triste noticia. Y la disfrazó a su modo, leyendo sin inmutarse.

Querido padre: Estoy muy bien, pero no puedo visitarlos porque he sufrido un pequeño accidente. Espero estar pronto restablecido.

El anciano levantó los ojos al cielo, dando gracias a Dios. Por fin, al cabo de tantos años, tenía noticias del hijo ausente. Y, a pesar de la oposición de Mary, ordenó fuese ella inmediatamente a comprar dos billetes de ferrocarril, pues quería ir a visitar a Fred.

—No quiero demorar por más tiempo la ilusión de abrazarle.

Y al día siguiente, padre e hija partían hacia el humilde lugar donde estaba Ralf.

* * *

A aquella residencia de Ralf no había llegado aún noticia alguna de que le persiguiesen por un asesinato que no había cometido.

Poco a poco, Ralf iba volviendo a la vida, y su delirio se aplacaba.

—Esté usted tranquilo—le decían—. Ya hemos avisado a su padre y a su hermana.

—¿Sí? ¡Qué gran alegría!

Y cayó en una especie de sopor, creyendo realmente que era a sus verdaderos padre y hermana a quienes habían advertido.

Entretanto, en casa del millonario señor Ralf se presentaba el jefe de policía de la localidad.

—Malas noticias, John—dijo al padre—. Se trata de su hijo. Lea la orden que me han enviado.

Atemorizado, el millonario leyó:

Orden de detención contra Ralf Carsten por intento de asesinato y robo de Fred Hendriks y por asesinato de su socio.

El Jefe Superior de Policía.

Aquella noticia causó un gran dolor a la honrada familia. ¡Ay, aquella cabeza loca! Había de acabar mal forzosamente. Y pasaron horas de verdadero duelo, pensando qué sería del pobre muchacho, fugitivo de la ley, a quien no le esperaba otra cosa, si podía escapar, que una vida errante bajo el peso del temor.

Al día siguiente, el ciego Hendriks y su hija Mary se presentaban en la casa donde estaba ya casi restablecido Ralf Carsten.

El dueño de la casa hizo aguardar en una salita a los viajeros y fué a avisar a Ralf.

—¡Ha llegado su padre!—le dijo.

—¿Mi padre?

Y, loco de alegría ante la idea de ver al buen padrecito ausente, corrió a la cercana estancia, encontrándose con un hombre y una mujer, ambos desconocidos.

—¡Aquí tiene usted a su hijo!—exclamó el dueño de la casa.

—¡Fred, hijo mío!—dijo el ciego, abriendo los brazos.

Ralf, asombrado, contemplaba al anciano y a la mujer, sin comprender ni remotamente aquella extraña escena.

—Pero...—intentó decir.

Mas el viejo, con la fuerza del instinto, había llegado hasta él y le abrazaba cariñosamente, dándole fuertes besos mezclados con lágrimas.

Sin atreverse a rechazar brutalmente a aquel hombre, cuyos ojos adivinó estaban sin vida,

Ralf hizo un gesto, pidiendo explicaciones a la muchacha de lo que estaba ocurriendo.

Mary, atemorizada, también desagradablemente sorprendida, se echó a llorar en silencio.

Adivinando algo terrible en todo aquello, aca-rició Ralf al anciano, prodigándole frases de ternura que no comprometían a nada.

Luego corrió hacia la muchacha y le preguntó en voz baja el significado de aquella farsa.

—Es una equivocación terrible—dijo Mary limpiándose las lágrimas—. ¡Qué gran amargura! ¡Pero estas cartas tienen la culpa!

Y le mostró la carta enviada por el campesino, juntamente con la que Mary había escrito un día a Fred.

—Y creímos que era usted mi hermano. ¡Pobre papá! Cuando se entere... Voy a decirle toda la verdad...

—Espere un momento—dijo Ralf, preocupadísimo.

Bien sabía él que Fred le había quitado todos los documentos. En cuanto a aquella carta, había quedado por un error en su bolsillo, cuando la pelea en el mesón.

Sin embargo, tal vez aquel nuevo giro de los acontecimientos le pusiese sobre la pista del hombre que le había robado.

—¿Fred Hendriks es su hermano?—preguntó a Mary.

—Sí. Pero, ¿usted le conoce? ¡Quizá podría ayudarnos a encontrarle!

—Naturalmente. Yo también le busco... Quizá pronto se hallará entre ustedes.

Dejóse oír la voz doliente del viejo:

—Hijo mío, ¿qué estás hablando en voz baja? ¿Por qué no vienes a mi lado y me cuentas muchas cosas?

Ralf hizo un gesto de desprecio, como deseo de hacerle conocer la verdad; pero Mary, que sabía que su padre estaba enfermo y que aquella inesperada noticia tal vez le causara una gravedad fatal, suplicó:

—¡Por favor! Siga usted durante unos días representando este papel, hasta que, poco a poco, yo saque a mi padre de su error.

Vaciló Ralf, pero comprendiendo que acaso, si aceptaba, conseguiría encontrar cuanto antes a Fred, se resignó a ser el protagonista principal de aquella comedia.

Y volvió al lado del viejo Hendrins y le prodigó las ternuras de un buen hijo que es feliz al regresar, al cabo de largos años, al hogar paterno.

Al día siguiente partieron para Montreal. Ralf estaba encantado con aquella extraña existencia. Además, la presencia de Mary era un acicate para que le fuera más agradable aún la farsa. Mary era bonita, deliciosa, y él podía permanecer siempre a su lado.

En la estación de partida, Ralf leyó un cartelón, donde figuraba su retrato y sus señas de identidad, interesando su inmediata detención.

Furioso y procurando que nadie lo viera, regresó al vagón.

Hubiera deseado tener allí a Fred, para castigarle implacablemente. ¡El malvado! No sólo había cometido un grave delito, sino que le culpaba a él de toda su responsabilidad.

Pero que no cantase victoria todavía. Lucharía para rehabilitar su nombre. Aunque para ello tuviese que pasarse largos años representando el papel de su peor enemigo.

* * *

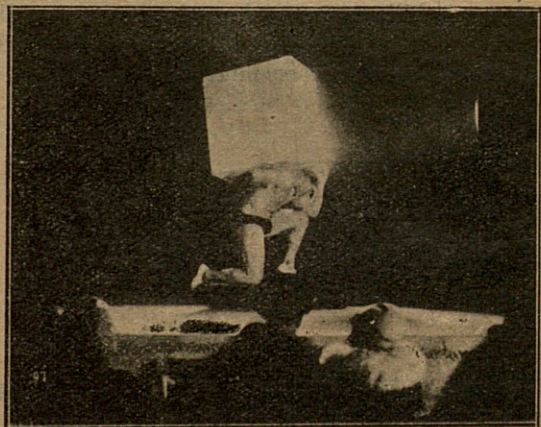
Ralf conoció la grave situación económica de la familia Hendriks e intentó poner remedio a ella. Pero el maldito Fred se había apoderado del oro que Ralf llevaba y también de los títulos de propiedad de sus minas. Imposible, pues, auxiliarles con dinero.

Además, como Fred le había denunciado a la policía, Ralf tenía que permanecer oculto.

Sin embargo, intentó ayudarles trabajando como artista de varietés. Como era hombre de musculatura atlética, demostró sus facultades en el escenario levantando y sosteniendo enormes

bloques de mármol, o saltando ágilmente como un campeón de los juegos olímpicos.

La suerte no le fué demasiado propicia, y el escaso público que frecuentaba aquel local se mostró disconforme con su trabajo. Y tuvo que retirarse ante el más grave fracaso.



...trabajando como artista de variedades...

El señor Hendriks enfermó y los médicos aconsejaron un cambio de clima, una marcha hacia las regiones del Sur, cálidas y saludables.

Pero, ¿cómo hacerlo, si carecían de lo más preciso?

—No apurarse—dijo Rafael a Mary, por la

que comenzaba a sentir algo más que una ternura fraternal—. Yo facilitaré el dinero para ello.

—¿Cómo va usted a hacerlo?

—Solamente tengo que realizar un pequeño viaje.

Y aquella tarde marchó hacia la ciudad donde vivían sus padres. Llegó ya de noche y furtivamente y con su acostumbrada agilidad, se deslizó por los muros hasta entrar por la ventana de la habitación del mayordomo.

Este despertó, profundamente impresionado al ver allí a su señorito, al cabo de tres largos años de ausencia.

—¿Dónde está mi padre?—preguntó.

—Su padre y su hermana están de viaje, señorito Ralf. ¡Pero, qué alegría verle aquí! ¿Qué ha sido de su vida?

—Otro día te contaré. Ahora, mis minutos son preciosos. Y mi cuñado, ¿sabes dónde está? Tengo que hablarle... Necesito dinero.

—Señorito, yo...

—Habla. Sale todas las noches, ¿verdad?

—Sí, sigue su vida de juerga. Según me ha dicho el chofer, frecuenta ahora mucho el cabaret Dominó.

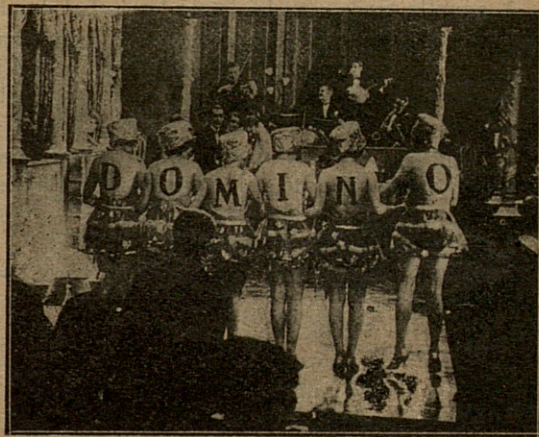
No quiso oír más y salió precipitadamente en dirección al cabaret, sitio alegre de la ciudad.

Entró furtivamente en el cabaret, procurando no ser apenas visto, pues temía que la policía pudiera echarle el guante.

En uno de los reservados encontró a Felipe

Bendor, su cuñado, besando alegremente a dos muchachas.

Se indignó; sintió que se le encendía la sangre. Aquel hombre estaba ofendiendo gravemente a su mujer.



...sitio alegre de la ciudad.

No pudo contenerse y, cogiéndole bruscamente por los pies, le arrastró, ante el asombro de las muchachas, a un cercano corredor.

Felipe se rebeló airado contra el agresor, y vió con sorpresa y odio que se trataba de su cuñado.

—¿Tú aquí? ¿Cómo te atreves a venir aquí, después de lo que has hecho?

—¡Calia! ¡Si tu mujer te viera en el cabaret! Necesito dinero y vengo a que me lo des.

—¿Dinero? ¿Para ti? ¡Tú tendrías que estar en la cárcel, y no aquí! ¡Criminal! ¡Asesino!

Y exaltado, comenzó a dar tan grandes voces, que Ralf, viéndose perdido, consideró más prudente abandonar en el acto el cabaret.

Algún día se sabría vengar de todos, algún día...

Volvió a su casa y habló otra vez con el criado, con quien combinó un atrevido proyecto.

—La policía me evalúa en cinco mil dólares, y, en cambio, no puedo encontrar ni un céntimo. Pero tú vas a ayudarme a cobrarlos.

—¿Cómo?

—Tú me llevarás detenido a la comisaría. Cobrarás la prima y me esperarás en la estación. Yo me fugaré e iré a buscarte en el andén.

—Todo esto es muy peligroso, señorito.

—No temas. Cosas más difíciles he efectuado. Y lo realizaron todo tal como Ralf lo proyectó.

El criado llamó por teléfono a la policía, quien vino a hacerse cargo inmediatamente del presunto asesino.

Fueron todos a la delegación, donde el comisario entregó al criado los cinco mil dólares prometidos.

Ralf, valientemente, apenas vió salir al mayordomo, saltó por encima de la mesa del co-

misario y rompiendo un cristal dió un prodigioso salto hacia la calle. Y emprendió veloz carrera hacia la estación.

En el andén ya le aguardaba el criado, que acababa de cobrar en un Banco los cinco mil dólares.

Ralf subió a un vagón y respiró alegremente. Volvió el mayordomo a su casa, satisfecho del ímpetu y de la audacia de su señor. ¡No lo había mejor en el mundo! ¡Ojalá siempre le durase esa racha!

* * *

Al día siguiente, los diarios anunciaron la detención y consiguiente fuga de Ralf Carsten.

Fred Hendriks leyó la noticia y comentó con su amiga Hellen lo ocurrido.

—Las cosas no van muy bien—se dijo—. El dinero se ha acabado y tengo miedo de que Ralf me dé algún disgusto, poniendo las cosas en claro.

—No debías haber hecho nunca lo que hiciste—dijo su amiga—. ¿Por qué culpar a ese muchacho de un delito que no ha cometido?

—Hay que ser valiente. Tengo que presentarme en las minas con los títulos de propiedad, a los cuales habré de cambiar el nombre. Para esto necesito tiempo y librarme por completo de las acechanzas de ese malvado. Me voy por unos días a casa de mi padre, para delinear bien el plan... A mi regreso emprenderemos la más enérgica ofensiva.

Hellen le rogó retirase la denuncia contra Ralf que le inspiraba lástima. El se negó a ello y, celoso, creyendo que su amiga se interesaba demasiado por aquel hombre, la trató con toda la desconsideración propia del rufián.

Entretanto, Ralf había llegado a casa de los Hendriks y comunicaba al viejo que podría salir pronto, en compañía de Mary, para un balneario.

—¿Y tú? ¿Vendrás con nosotros?—le dijo el viejo.

—Quizá venga más tarde. Tengo aún negocios que realizar.

Horas después entraba furtivamente en su casa, con el temor de que alguien le viera, Fred Hendriks.

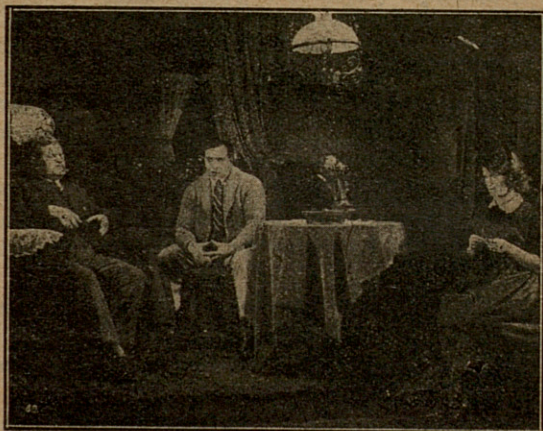
Sorprendióse profundamente al ver pasar por una galería a Ralf. ¿Qué hacía aquel hombre, aquel miserable, en su casa?

Preguntando por el barrio, se enteró de la verdad. Ralf estaba allí bajo el nombre de Fred.

Deseoso de vengarse de él, regresó a la ciudad y, después de algunas vacilaciones, se dirigió a casa del señor Carsten, el padre de Ralf.

El millonario había regresado ya a su hogar en compañía de su hija, y desconocía por completo la aventura ocurrida a Ralf con la intervención del mayordomo.

Recibió con cierta desconfianza a aquel hombre de torvo aspecto, que le dijo:



—Tengo aún negocios que realizar.

—Yo sé dónde está su hijo.

—¿Usted? ¿Dónde está? ¡Hable!

—Aguarde. La policía paga cinco mil dólares por su captura. ¿Cuánto paga usted?

—Hable usted. Ponga usted mismo la cifra. Necesito salvar a mi hijo.

—Pues bien, su hijo de usted vive con mi nombre, en casa de mis padres, en el cabaret Hendriks.

El señor Carsten, ante aquella sensacional noticia, vió ya en salvo a su hijo para siempre. Deseaba librarlo del poder de la justicia, y creía poder efectuarlo con éxito.

—Bien, le daré diez mil dólares, bajo la condición de que usted abandone el país en seguida y mi hijo pueda seguir usando su nombre.

—Conforme, pero, ¿cómo huir yo sin despertar la menor sospecha?

—Yo encargaré un aeroplano para usted. Tome ahora cinco mil dólares. En el aeródromo recibirá usted el resto.

Fred salió contentísimo con sus cinco mil dólares. Sin embargo, estaba dispuesto a librar a toda aquella gente una mala partida.

Dirigióse a denunciar a la policía que en casa de Hendriks estaba oculto Ralf. De esta manera se desembarazaría definitivamente de su enemigo.

Advertida lo policía por aquel miserable, una sección de guardias corrió a la población donde vivían los Hendriks.

La policía cercó el edificio. Ralf, que estaba hablando con Mary, la mujer a la que comenzaba a querer, le dijo:

—Es la policía. Debe ser un error, pero ocúltame usted.

Extrañada Mary ante aquellas palabras, ocultó a Ralf en el desván.

Los guardias penetraron en la casa, diciendo que buscaban a Ralf Carsten.

—¿Y por qué?—preguntó Mary.

—Por intento de asesinato de Fred Hendriks y por asesinato de otro hombre.

La muchacha tembló como una azogada, viendo rotas sus ilusiones. ¡Y aquel hombre que ella creía tan bueno, era un asesino! A punto estuvo de denunciarle, pero el amor que tenía por él, fue más fuerte que el odio momentáneo.

La policía registró inútilmente la casa y tuvo que marcharse sin encontrarle. Pero estableció un retén por los alrededores, convencida de que, si Ralf no estaba allí, no tardaría en presentarse.

El pobre ciego Hendriks llamó a su hija y le preguntó, con la tristeza de los ciegos, qué era lo que ocurría. Mary le dijo que la policía buscaba a un ladrón que creía, por error, que había entrado en su casa.

Después la muchacha, tranquilizando a su padre, se dirigió al desván, encontrando oculto a Ralf, a quien le dijo que lo sabía todo.

—Usted ha matado a un hombre e intentado asesinar a Fred.

—No, Mary. Eso no es verdad.

—Márchese, sino, le denuncio a la policía.

—Pero, Mary... Su hermano fué el autor del crimen. Yo fuí el agredido.

—¡No lo creo! ¡No! ¡Salga!

—Haré todo lo posible para que conozca usted

toda la verdad. Voy en busca de su hermano. Le haré confesar lo ocurrido.

Y saltó por una ventana, cayendo sobre un policía que estaba sentado en su moto. Se apoderó del vehículo y partió a toda marcha, seguido de las demás motos policíacas.

Dos horas después entraba en casa de su padre, luego de desorientar a sus perseguidores.

Al verle, su padre dió un grito de sorpresa y emoción.

—¡Hijo mío!—dijo tiernamente—. No temas ya. He mandado al extranjero a Fred Hendriks, cuyo nombre llevas tú ahora.

—¿Eso has hecho? ¡Maldición! ¿Dónde está ese canalla?

—No le trates así, pues que te permite usar su nombre, que es tu salvación. Debe estar a punto de salir en un avión que le he preparado para que marche al extranjero.

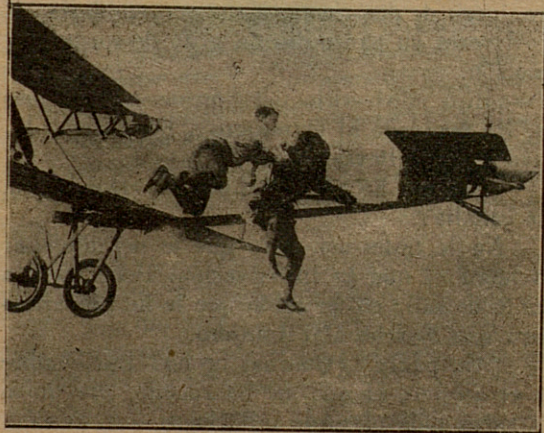
—¡Ah, padre! ¿Qué has hecho? Ese hombre es el asesino, el que me ha robado, por quien yo sufro toda clase de injusticias.

Salió rápidamente hacia el aeródromo, en el momento en que el avión que conducía a Fred se elevaba majestuosamente. Pero Ralf, siempre listo y hábil, pudo agarrarse aún a una de las alas, subiendo luego a la cabina y sosteniendo con Fred una lucha implacable, en mitad de los aires.

Durante largo rato pelearon bravamente, desafiando mil veces la muerte. Al fin, Fred consiguió ponerse el paracaídas y se echó al espacio, para

librarse de su enemigo. Pero éste se colgó sobre él, y de esta manera descendió igualmente, sin el menor daño.

Vinieron a caer en la vía del tren, y estuvieron a punto de ser arrollados por un convoy ferroviario.



...desafiando mil veces la muerte.

Hábilmente, Fred se encaramó junto a las ruedas de un vagón, consiguiendo de esta manera escapar.

Aquel tren marchaba al extranjero, y así, sin ser visto por nadie, pudo Fred atravesar la frontera.

De malísimo humor regresó Ralf a la capital, pensando si era su destino el de sufrir una culpa de la que era inocente.

Mas, por fortuna, la justicia acababa de resplandecer para todos. Hellen, indignada porque su amante se había marchado en el avión sin querer que ella le acompañase, envió una carta al comisario de policía, denunciándole toda la verdad y jurando que Fred era el verdadero asesino, y que en cambio, Ralf no era más que la víctima de aquellos manejos criminales.

Restablecido, pues, el imperio de la verdad, Ralf vióse por fin libre de toda persecución y pudo volver tranquilamente a su casa.

Hellen fué detenida, pero, gracias a las declaraciones de Ralf, que por agradecimiento aseguró que ella no había colaborado en el ataque, fué puesta en libertad.

En cuanto a Fred, no volvió nunca por el país. En el extranjero, llevó una vida errante y miserable.

Ralf comunicó bondadosamente al ciego Hendriks gran parte de la verdad, asegurando que Fred no era más que un cabecita ligera, que ahora tal vez en el extranjero se comportase mejor.

Mucho sufrió el anciano al saber que aquel hombre no era Fred, el hijo amado.

—Ha perdido usted un hijo, es cierto, pero, ¿por qué no puedo serlo yo definitivamente suyo? Quiero a Mary con toda mi alma, y si usted nos otorga su permiso, nos casaremos—dijo Ralf.

El viejo, con lágrimas en los ojos, les bendijo.

Y el amor floreció en aquella casa, y el millonario Ralf Carsten, convertido en hombre serio y equilibrado, fué el leal compañero de Mary, que era la perla de su hogar.

FIN

**Esta semana, en las selectas
Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**
la interesantísima novela

WU-LI-CHANG

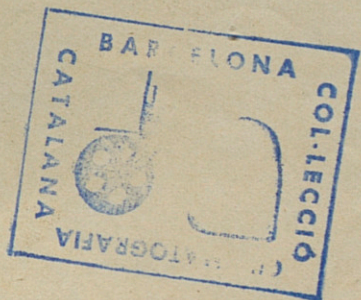
por ERNESTO VILCHES

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona



Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
